



*Nerea Díaz ~ Nercromina*

*Ponencia leída el 25N de 2025 en la jornada “Reprogramando el juego: lo que no vemos al jugar”, organizada por Diaconía y el Instituto de la Juventud. Vídeo disponible en **nercromina.com***

© 2025 — Edición de **The Lighthouse Pages**. Versión oficial disponible en **nercromina.com**

Se permite la **difusión no comercial** de este documento completo, citando a la autora y la editorial. No se autoriza la modificación del contenido ni su uso con fines comerciales.

Nunca pensé que los videojuegos fueran cosa de chicos, igual que nunca lo pensé de la literatura, de la ciencia o del deporte. Nací en la época de las Spice Girls y de Hermione Granger. Pertenezco a una generación de mujeres a las que nos dicen que podemos hacer lo mismo que los hombres —y recalco el “dicen”. Al ser los videojuegos algo innovador, pensé que el peso de la historia no se filtraría por sus paredes, pero la realidad es más bien la contraria: hay que pasar por las mismas fases, y además en diferido. Justamente por eso, el mundo de los videojuegos es un campo donde se atrincheran muchos hombres que se resisten al futuro, el último reducto que parece que les queda en el que aún son los dueños de las tierras y, por lo tanto, quienes escriben las leyes —si es que no puede decirse lo mismo todavía de cualquier otro campo—. Me consta que esto va mejorando poco a poco, pero por desgracia todavía existen historias como la mía. Yo viví en primera persona lo que es entrar en terreno hostil, como la casa del árbol en la que se prohíbe la entrada a las chicas, aunque en este caso puedas entrar si aceptas ser objetivizada y no retas el statu quo, papel que nunca estuve dispuesta a cumplir en mis años como competidora de *Street Fighter*. Me dispongo a contaros mi historia, pero no vengo a ajustar cuentas, sino a analizar qué está fallando y cómo podemos cambiar el rumbo.

Para los que no hayáis leído mi capítulo [Los esports y la mujer](#), originalmente publicado en el libro *¡Protesto!: videojuegos desde una perspectiva de género*, entre 2010 y 2014 fui jugadora profesional de *Street Fighter*, y el camino fue de todo menos fácil. En mi primer torneo eliminé a un jugador veterano de la comunidad española de juegos de lucha, algo atípico para jugadores anónimos, y mucho más para una mujer. Este jugador recibió burlas del resto de la comunidad hasta que, poco a poco, todos los demás miembros fueron corriendo

la misma suerte. Llegué a ser considerada el mejor jugador español, de los mejores de Europa y la mejor jugadora femenina del mundo.



Fotograma del enfrentamiento contra Daigo Umehara en la Dreamhack Winter, Suecia, 2013.

Entre mis hitos, de hecho, se encuentra ganarle un combate al mejor jugador de *Street Fighter* de la historia, el japonés Daigo Umehara, quien es considerado “La Leyenda” de los juegos de lucha. Por acontecimientos como éste fui, en más de una ocasión, centro de miradas y comentarios, víctima de prejuicios ajenos y cabeza de turco de los males personales de más de una persona en la comunidad de juegos de lucha. Por eso, desgraciadamente, no disfruté de los logros que conseguí en aquella etapa. En el camino, además, perdí el amor por una afición que me había encantado desde pequeña, fui traicionada demasiadas veces y sentí que mi identidad quedaba totalmente distorsionada por la mirada ajena. Se me transformó en “la novia de”, “la pupila de”, incluso cuando mis logros superaban los de ellos. Además, que en el extranjero se me reconociera como buena jugadora no significaba nada porque siempre había quien se empeñaba en reducirlo al marco de “te dicen que eres buena pero <para ser mujer>”. Tuve, de hecho, que ganarle un combate al mejor jugador del mundo para que entonces, *entonces sí*, se me tuviese en cuenta.

Incluso cuando conseguí sponsor sufrí la envidia hasta de mis propios amigos. Amigos que tampoco me defendían en un foro online profundamente tóxico del que las personas más sensatas se sentían implícita o explícitamente expulsadas.



Un foro en el que reinaba un ambiente misógino, racista y jerárquico, en el que se hablaba de “honor y lealtad” pero donde he llegado a ver las mayores traiciones. Un foro en el que se me acusaba de *conflictiva*, de *buscaproblemas*, de *lianta*. Términos que en su momento me hacían sentir mal conmigo misma, pero que hoy me reapropio, y además me reafirmo en que si yo soy una lianta, Clara Campoamor también lo era, porque gracias a que mujeres como ella “la liaron” hoy las mujeres podemos votar.



Foto de la división de *Street Fighter IV* del equipo WatchDaMatch en la World Game Cup, Cannes, 2012.

Estos son algunos de los hechos que explico en mi texto *Los esports y la mujer*, pero a pesar de todo siento que ese relato que escribí en 2018 no está completo, y esto se debe a dos motivos.

Por un lado, al releerlo para escribir esta ponencia, tengo la sensación de que no transmití bien mi sufrimiento. Expliqué hechos, y hablé de forma concisa del impacto que esas situaciones tuvieron en mí, pero siento que no transmití la verdadera desesperación que sentí en aquella época, el impacto que llega a tener en una adolescente el escuchar repetidamente que lo que ves no existe, que lo que recuerdas no es real, y que tu opinión no es válida. En aquel texto no hablé de las noches sin dormir, del *overthinking* incesante, de lo mucho que dudé de mí misma y me culpé de la situación que estaba viviendo. Tampoco hablé de

lo mucho, muchísimo que lloré todas las veces que sufrí oleadas de acoso y cyberbullying en aquel foro de videojuegos mientras refrescaba repetidamente la página del navegador viendo como el escarnio público atraía a muchísimos más espectadores de lo habitual. Tampoco hablé del impacto que tuvo en mi autoestima leer ciertos comentarios en Twitter, un Twitter que, aunque os parezca mentira, era peor incluso que hoy en día, en una época en la que muchos ni siquiera teníamos WhatsApp todavía, no se hablaba del impacto de las redes sociales en la salud mental, y el concepto de seguridad digital era básicamente inexistente. Se me intentaba convencer de que internet, de que la realidad, era así, y la inadaptada era yo.

Aun así, todo el dolor y la decepción que experimenté en esta etapa no vino solo de fuera. Hubo personas feministas en el mundo de los videojuegos que también me decepcionaron. Principalmente por que no, pienso que no todo vale. Que en nombre del dolor, de la ofensa o de la injusticia no se justifica cualquier cosa, porque entonces te conviertes justamente en aquello que quieres destruir. Ser feminista no te hace automáticamente buena persona, ni te libra de ser incoherente, pero esa incoherencia no puede convertirse en coartada de otros para negar las injusticias y no mirarse al espejo. Ningún error individual justifica poner trabas al avance de movimientos sociales y colectivos como el feminismo. Por otro lado, mi texto *Los esports y la mujer* tampoco está completo porque se publicó poco antes de que yo regresara a la competición y a la creación de contenido, porque seguía negándome a aceptar que mi sitio fuera la parte trasera del autobús. Pero, tras un par de años, la conclusión de aquella segunda etapa fue igual de desesperanzadora, y de hecho todo tomó un cariz aún más personal. En el texto que yo había publicado, deliberadamente había dejado fuera aspectos personales de mi historia para centrarme en lo colectivo, hasta que en 2020, a raíz de una nueva ola de *#MeToo* decidí compartir algo que llevaba tiempo quemándome por dentro: que había sido, y sigo siendo, víctima de acoso por parte de una de mis exparejas de la comunidad, a quien ya había denunciado, y que había organizadores de eventos en España que sabían que mis acusaciones eran ciertas y aun así se negaban a protegerme en sus eventos. La respuesta que recibí fue toda una comunidad atacándome de vuelta, y eso que no di nombres ni expliqué los detalles del acoso, pero simplemente no se me quiso escuchar; ni siquiera aquellas personas que eran nuevas en la

comunidad y que no tenían culpa ninguna de lo sucedido hasta entonces se pararon a escucharme —pues eso implicaba cuestionar a sus amigos o incluso a sus ídolos—. Hasta jugadores extranjeros se sumaron al vilipendio, a pesar de que la única relación que yo había tenido con ellos era la de eliminarles en torneos internacionales. Se me etiquetó de enemigo público número 1 (si es que no había sido así desde el principio) y se me difamó de distintas formas, ninguna cierta. Se tergiversaron historias, algunos agresores se disfrazaron de víctimas, y, entre otras cosas, se reflató una de las grandes acusaciones que me había perseguido durante mi carrera competitiva: la de que yo había amañado torneos —a pesar de que jamás tuve acceso a decisiones de ese tipo, ni siquiera cuando era organizadora de eventos—. Esa acusación solía ir unida a otras clásicas que ya expliqué en mi relato como que mis parejas se dejaban ganar para dejarme avanzar en los torneos o que yo hacía favores sexuales a organizadores de eventos para que me beneficiaran en los cruces, por lo que tenía “las rodillas peladas”. Incluso de mi enfrentamiento contra Daigo hubo quien dijo que conseguí ganarle un combate porque no se esforzó conmigo al ver que era una mujer, pues no tienen fin las excusas de quien no quiere aceptar una realidad que no le conviene —a pesar de que, incluso años después, el propio Daigo ha reconocido mi talento públicamente<sup>1</sup>—.

Insisto en que no compartí ni nombres ni detalles del tipo de violencia que sufrí y que sigo sufriendo. La peor parte de toda esta historia sigue sin ser pública, y, aunque aún no puedo explicaros todos los detalles, ni dar todas las explicaciones porque el proceso está judicializado, sí voy a mostraros fragmentos de un email que recibí hace unos años, un email que hasta ahora no había hecho público, precisamente por lo duro que es, pero creo que es importante que juzguéis vosotras mismas. Como podréis ver, la persona que escribió este email tenía información personal mía, de hecho sabía que en aquel momento yo me encontraba de baja laboral por depresión, y decidió usar esa información como ahora veréis —además de incurrir en *slut shaming* y reproducir el clásico mito de la súcubo—. Las frases son citas textuales.

---

<sup>1</sup> <https://www.youtube.com/watch?v=2wukvU7F-R4>

¿No ves que ya eres una basura? Tu adorada Nercromina ya no existe, sólo existe una gorda psicótica que no puede jugar 5 partidas seguidas, que no puede ni ir a trabajar por loca, que no tienes nada, que todas las personas te están dando de lado. En esta comunidad no pintas nada. Preocúpate de tener bien engañados a tus nuevos amigos, veremos lo que tardas en intentar chupársela al chaval ese. ¿Estaba buena la polla del [REDACTED]? Puta asquerosa. No sé qué haces que no estás ingresada. Y lo he visto todo claro, lo retrasado que he sido, lo fácil que es visto desde fuera, la puta manipulación que haces que de alguna manera hace que los hombres dejen de pensar racionalmente. No es lo que dices, porque nunca tiene sentido, es un puto lavado de cerebro. Es la única explicación de que no haya sido capaz de plantarme contigo aún sabiendo que eras basura y no eras de fiar. Sacas lo peor de mí, como lo has sacado siempre. Mi vida se ha vuelto una basura desde que has aparecido en ella. Eres una puta psicópata, y tu no sientes simpatía, empatía ni amor por nadie. Puta loca. ¿Cómo no te has suicidado ya? Tu vida está completamente vacía. Tu futuro es encontrar a alguien que esté a tu lado incondicionalmente, te mantenga y formar una familia a la que le hagas la vida imposible, eso mientras vas al centro de día por la mañana y te empastillas por la tarde, ¿te suena? Debe ser horrible ver como tu vida se va al garete, como todo el mundo te da la espalda, como no vales para nada, como todas tus ambiciones desaparecen por una enfermedad mental, y lo único que te queda es arrastrar a los demás a tu agujero. Das mucha pena. Eres peor que el sida. Eres basura, y si te queda un mínimo de dignidad o te da un flash de lucidez, nos dejarás tranquilos y te irás a hacer la vida imposible a otro círculo.

Durante aquella ola de difamaciones que sufrí a raíz de decir que estaba siendo víctima de acoso (valga la ironía) ya compartí otro email en el que otra persona me decía que tuviera “cuidado con el balcón”, y ya en su momento contextualicé que con ello se refería al intento de suicidio de una persona de mi familia. Hoy, con permiso de esa persona, puedo deciros que se trata de mi madre. De hecho, es a ella a quien también se refiere quien me envió este email cuando me pregunta que si me suena lo de los hospitales de día y la medicación. Mi madre, sobra decir, no es la persona que él narra, y de ella no puedo más que contaros que es una luchadora, una superviviente que se ha hecho cargo de hacer el trabajo interno necesario para trascender las circunstancias vitales que le tocaron, las cuales merecerían otro espacio como éste. Ella no es perfecta, igual que tampoco lo soy yo, pero tengo claro que la salud mental no es un signo de debilidad sino una señal de que algo merece nuestra atención, y también tengo claro que mensajes como éste que yo recibí dicen mucho más de quien lo escribió que de mí o de mi familia.

SERVICIOS DE ORIENTACIÓN

**Teléfono de la Esperanza:** 717 003 717

**ANAR:** 900 20 20 10 / 116 111

**Teléfono contra el acoso escolar:** 900 018 018

**Cruz Roja:** 900 22 22 92

SERVICIOS DE EMERGENCIA

**Atención a la conducta suicida:** 024

**Emergencias generales:** 112



Desgraciadamente, no he sido la única en recibir esta clase de violencias. El acoso escolar y digital es una realidad que puede costar vidas: entre los jóvenes, la conducta suicida es una de las principales causas de muerte. Por eso, cuando presenciamos situaciones de acoso, tenemos la obligación moral de intervenir. No miremos hacia otro lado: señalemos lo que está pasando y ofrezcamos apoyo.

A pesar de todo esto, ante las difamaciones que sufrí en 2020, incluso periodistas del sector de videojuegos en España que durante ese segundo *#MeToo* habían incentivado a las víctimas a hablar —lo cual, de hecho, fue lo que me animó a mí a hacerlo— se retractaron de su apoyo hacia mí y cedieron a la presión, llegando incluso a alabar el espíritu de hermandad de la comunidad de juegos de lucha, hermandad que es cierto que existe, pero que se aplica siempre y cuando cumplas con los parámetros exigidos, no cuestiones el statu quo, y aceptes el lugar que se te ha asignado en la pirámide, el cual, muchas veces, en los entornos competitivos viene determinado por tu rendimiento en el juego, pero que en el caso de ser mujer es directamente inaccesible. También por ese entonces otras mujeres del sector me excluyeron arbitrariamente del *#MeToo* y sin haber escuchado mi versión eligieron no cuestionar la de aquellas personas que ahora eran sus amigos, o como se le pueda llamar a una relación con un hombre que cree en la *friendzone* y da por sentado que la amistad entre un hombre y una mujer no existe porque él siempre tendrá interés sexual por ella —porque ese era otro curioso detalle: cómo se daba por sentado en esa comunidad que quien se juntase conmigo o me diera la razón siempre tendría ese supuesto motivo ulterior (y sí, lo paradójico de que estas mismas personas fueran las mismas que negaban la existencia del machismo...)—.

Tras esta ola de difamaciones perdí mi sponsor, me retiré de la creación de contenido por la cantidad de insultos que recibía constantemente y llevo ya sin competir más de cinco años. He tenido que rehacer mi vida al margen de este sector, a pesar de que mi pasión por *Street Fighter* es como la de Nadal por el tenis o la de Kasparov por el ajedrez, pero ya me queda claro que es terreno hostil para mí y así va a seguir siendo, pues aunque estoy luchando por la vía legal sé que ni siquiera ganar en ese terreno cambiará la forma de pensar de muchas personas. Un camino legal que llevo cinco años recorriendo, y a través del cual todavía no se ha llegado a ningún cierre. Y es ésa la otra gran batalla

que toda víctima de violencia ha de enfrentar: la de un sistema judicial que supuestamente está hecho para defendernos, pero que, hasta ahora, lo único que a mí me ha devuelto es revictimización.

Cuando recuerdo todo esto que he vivido se me hace un nudo en el estómago y el corazón me da un vuelco. En mi caso, que la gran mayoría de hechos están registrados en chats privados, emails o mensajes públicos, la incertidumbre sigue siendo aniquiladora, pues nadie me garantiza que se me acabe concediendo justicia, pero ¿cómo sostiene esto una víctima de violencias que sean más difíciles de demostrar? Violencias reales que el sistema judicial actual no tiene formas de recoger. ¿Cómo se vive sabiendo que no habrá consecuencias? Y desgraciadamente llego a la conclusión de que la justicia es una ilusión, un espejismo necesario para evitar que la sociedad colapse mientras los que han diseñado el juego nos dicen que así son las reglas.

Aun así, no me rindo. No hace falta que me digan —que me vuelvan a decir, de hecho— que “si tengo quejas que vaya a la policía”, porque ya le estoy dando la oportunidad al sistema de demostrarme que queda algo de esperanza, y, en caso de que no la haya, volveré de la travesía con una larga lista de aspectos a mejorar para contársela a quien quiera escucharme.

Pero lo peor, como os decía, ni siquiera es público todavía. Sigo siendo víctima de acoso digital y vulneración de mi privacidad por parte de terceraS personaS, en plural, y, aunque tengo peritajes profesionales que demuestran que esto es cierto, la ley hoy en día no está preparada para siquiera abordar esta clase de delitos. El día que encuentre el valor para contar esta parte de la historia parecerá que estoy narrando una película de ciencia ficción. Lo único que me queda por ahora es utilizar fundas de móvil que tapen las cámaras y ser consciente de que en todo momento hay dispositivos electrónicos que abren puertas a lugares que la gran mayoría de nosotros todavía desconocemos —aunque en estos entornos abundan los que saben abrir esas cerraduras—.

Creo que es bastante fuerte todo esto que cuento, pero no tengo claro hasta qué punto porque llevo muchos años disociada y os lo cuento como si recitara en voz alta las tablas de multiplicar. Acabé, de hecho, acudiendo a un gabinete de psicología para que me hicieran una exploración completa, porque cuando te repiten tantas veces que lo que ves no es real es prácticamente imposible no

dudar de tu propia percepción. Después de muchas pruebas psicológicas y neurológicas os puedo decir que lo único extraño que encontraron en mí es que tengo un cociente intelectual superior a 150. Pienso que en esta sociedad le damos demasiada importancia a la inteligencia, y ni siquiera estoy convencida de que la psicología actual sepa definirla bien, pero es cierto, y sería hipócrita no reconocerlo, que saber que tengo altas capacidades me ha ayudado a entender por qué tantas veces me he sentido incomprendida. Pero no es el CI lo que nos dota de corazón, ni resolver un puzzle 3 segundos antes que la media te permite entender cómo es andar en los zapatos de otra persona. No hay que ser una genia para saber que no es buena idea animar a que se suicide a una persona que está en una situación vulnerable. Es, además, un tópico histórico que las mujeres inteligentes solemos ser etiquetadas de *locas psicóticas*, mientras nuestros contrapartes masculinos son considerados unos *genios excéntricos*. Pero que te llamen loca no es solo un insulto: es anular tu realidad. Que te nieguen lo que ves con tanta claridad no es solo una molestia, sino que toca la fibra misma de la amenaza existencial al desproveerte del cobijo del grupo. Son los demás, entonces, desde antes de que seamos conscientes, quienes ponen contexto a nuestra experiencia vital. Es de ahí, y no solo de dentro, de donde sale nuestra creencia de que somos capaces, nuestras ganas de demostrarlo, o nuestra fuerza para seguir intentándolo. Para resistir impasible a estas violencias habría que ser un tipo de persona al que nada le permea, un perfil que me niego a considerar superior a quien se quiebra, siente y se conmueve, por más que nos sigan queriendo vender el cuento de que tenemos que ser productivas e invulnerables, porque yo tengo claro que la vida solo tiene sentido cuando conecta.

Otro motivo por el cual me he visto recurriendo a servicios psicológicos es porque, tras todas estas experiencias, he acabado desarrollando un trastorno de la conducta alimentaria y he engordado más de 30 kilos, porque no solo la mente, si no también el cuerpo, sufre los impactos. En una sociedad gordófoba como la nuestra, donde la apariencia es lo más importante, esto quizá parezca un fracaso. Mi cuerpo se ha llenado de esas estrías que las influencers tanto se esfuerzan por disimular en las fotos, pero para mí mis estrías son como los ríos de oro que recorren los jarrones reparados con la técnica japonesa del *kintsugi*. Para mí mi cuerpo gordo es un símbolo de victoria, porque significa que

sobreviví, como una herida de guerra no solo indica que te hirieron sino que regresaste.



Experimentar la gordura también me ha traído aspectos positivos, por ejemplo la capacidad, no solo física sino también mental, de presentarme aquí con la cara lavada, de permitirme no gastar ni un ápice de energía mental en pensar qué postura es más favorecedora para mi cuerpo, cuál es mi perfil bueno, si el maquillaje y mi peinado están en su sitio, o en las opiniones que podáis tener los demás sobre mi aspecto. En parte, es también una ventaja poder filtrar quién se acerca a mí atraído no por cómo me veo sino por lo que digo, algo que me resultaba mucho más difícil antes. Pero no confundáis mi discurso con una apología de la obesidad porque no es eso lo que pretendo. Como ya he dicho, voy a terapia, porque incluso alguien con mi difícil historia vital puede tener el privilegio de costearse atención psicológica **de calidad**, algo que desgraciadamente en este país aún no podemos llamar un derecho. Lo que aquí pretendo es ejercer la libertad de existir en mi imperfección, en medio de un proceso personal que no está cerrado todavía.

Entonces, después de contaros todo esto, para mí la pregunta necesaria que debemos hacernos es: ¿y ahora qué? Quizá después de todo lo que he vivido esperaríais de mí que viniera llena de rabia, dispuesta a difundir un mensaje de odio y venganza, que soltase unas cuantas generalizaciones del tipo que “todos

los hombres son iguales”, o que aseverara que prefiero quedarme a solas con un oso antes que con un hombre. Pero lo cierto es que lo que siento, no solo ante mi situación sino ante el panorama social en su conjunto, es un fuerte deseo de hacer mejor las cosas y compasión.

Compasión primero por las víctimas, por las supervivientes. Pero también compasión por estas personas, incluso por el que escribió y me mandó ese email, porque cuando uno piensa y siente como ellos —y como ellas—, es imposible que en su vida tengan lo que más importa: conexiones reales. Por supuesto que también siento rabia y dolor, pero pienso que abrirse, empatizar, sostener, ser sostenido, son vivencias que estas personas, por su socialización, son incapaces de experimentar, pues la realidad que habitan es una cárcel donde la vulnerabilidad no está permitida y los errores son sentencias, y eso, en mi opinión, no es vivir.

Tristemente, no creo que estas personas —mis acosadores, mis haters, aquellos organizadores de eventos— sean peores que la mayoría de gente de hoy en día cuando su ego se ve amenazado, simplemente no demostraron ser mejores. Y esto va a seguir siendo así hasta que no aceptemos que el poder de cambiar ese rumbo está en nuestras manos de forma colectiva, pero somos muy de arreglar después de que se rompa en vez de desarrollar más mecanismos preventivos.

Y para aplicar mecanismos preventivos, creo que primero es importante entender que lo que llamamos privilegio existe, pero no son categorías estancas, y, sobre todo, no es algo binario. Un chaval joven que aún se está buscando a sí mismo no se encuentra tampoco en una posición de poder, y menos si su familia tiene problemas para pagar el alquiler, es víctima de bullying en el colegio o algún familiar de primer grado tiene una enfermedad mental grave. A cualquiera pueden atravesarle las injusticias en mayor o menor medida, y todos y todas ejercemos también poder de distintos modos. Ese reducto, esa casa del árbol donde muchos hombres se refugian, es a veces el único lugar que sienten que les queda en el que pueden existir sin tener que afrontar una realidad para la que les faltan herramientas.

Con esto no pretendo diluir responsabilidades, pero sí quiero que no olvidemos lo fácil que es acabar pareciéndonos a aquello contra lo que pretendemos luchar, como ya nos está demostrando la historia en otras partes del mundo. Y para ello necesitamos comprender, sin por ello justificar, qué es lo que lleva a tantas



personas de un mismo grupo a actuar de una manera determinada, igual que los espartanos eran entrenados para la guerra desde los 7 años y eso produjo una casta de guerreros famosa hasta el día de hoy.

La educación emocional es como las matemáticas: no puedes exigirle a alguien que sume y reste si nunca se le ha enseñado. Y si además cuando lo intenta se le trata de forma condescendiente, o se le da a entender que en realidad es algo que ya debería saber, la motivación de aprender se desvanece. Y es un hecho que es muy difícil dar el paso de acercarse a una realidad, como la de los cuidados, de la que muchas veces queremos renegar hasta nosotras mismas.

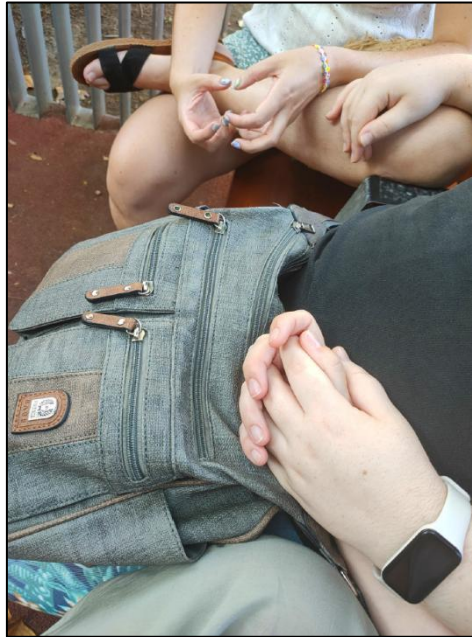
En este sentido, el discurso de las mujeres es más fácil de sostener: yo vengo aquí a decir que si no pude ganar el campeonato mundial de juegos de lucha, el EVO, fue porque no me dejaron. La transformación social femenina es épica: es la encarnación del espíritu de superación (aunque en esa asimilación de lo que hoy en día se entiende como éxito, estamos comprando el mismo marco discursivo que queremos destruir: el de ser independientes, fuertes y capaces para tener valor). Pero, mientras nuestros logros se celebran, los de ellos se dan por sentado: cuando se asume que tu posición ya es la de arriba, solo puedes perder, y es esa también otra cara del privilegio, que viene unido a la obligación y a la exigencia. Y cuando no estás consiguiendo ese éxito que te habían prometido por dogma, ese éxito entre el cual y tú supuestamente no hay más barreras que tu propio *mérito*, es normal que no se quiera fallar, que no se quiera ser vulnerable, y menos cuando el entorno no ayuda a dar una identidad alternativa que funcione.



Día tras día seguimos teniendo el poder de encarnar el tipo de sociedad que queremos ver en el futuro. Ahora mismo hay chavales que, incluso en horario lectivo como ahora, están absortos en sus teléfonos móviles accediendo a todo tipo de contenidos, buscándose a sí mismos en un ecosistema que no está hecho para ayudarles sino para exprimirles, de los que absorben ciertas formas de pensamiento que no les convienen ni a ellos ni a nosotras. Chavales sin referentes alternativos, a los que poco a poco estamos despojando de identidad sin darles un lugar en la sociedad desde el que ellos también puedan existir sin odiarse a sí mismos. Porque ir a terapia hoy en día no es solo cuestión de tener el dinero para ello, sino de sentir que ir no ataca directamente tu identidad, tu autosuficiencia y tu valía, aspectos que no les habrán sido elegidos (al menos inicialmente) sino impuestos, igual que a nosotras se nos han impuesto otros tantos de los que hace ya tiempo venimos renegando.

Porque si algo he aprendido de habitar entornos masculinizados es que esos hombres no invalidan mis emociones porque yo soy mujer, sino que invalidan las emociones en general, incluyendo las suyas propias. Lo que para mí y para más personas desde fuera se ve como un entorno tóxico, para ellos es la realidad que habitan, y no ser capaz de habitarla se codifica como ser débil, y si uno es débil es objeto de burlas, de maltrato, de ostracismo. En este contexto de normalización, muchas personas que me han tratado mal no se consideran a sí mismos malas personas, incluso justificarán sus actos, o emails como el que os he leído, alegando que ellos se sentían en peligro, pues puse en riesgo su realidad, el marco en el que habían crecido; vine yo —mujer, además— a despojarles hasta de ese pequeño rincón que ellos controlaban, a hacerles sentir, nuevamente, que no eran suficientes. Y, es cierto, yo tampoco considero que muchas de estas personas sean malas personas en un sentido esencial. Os diré, además, que me consta que muchos de esos hombres son en realidad personas sensibles, inteligentes, neurodivergentes, con talento desperdiciado por un sistema que no sabe absorberlo; personas heridas —porque ni siquiera el privilegio nos vuelve inmunes— que para defenderse usaron las únicas herramientas que tenían a su alcance, las herramientas que habían aprendido de este mismo sistema que nosotras queremos destruir. Y es normal que, como queremos destruir ese sistema que les sostiene a ellos, sientan que si el sistema se destruye, ellos se destruyen también.

Y por mucho que nosotras queramos anclarnos en que “no es nuestro rol educarlos” —frase que he oído sobre todo en parejas heterosexuales—, quizá no lo es en un sentido maternal o terapéutico, pero sí de apoyo, como entorno de socialización donde personas imperfectas en camino de mejorar puedan apoyarse unas a otras. Es ese mundo el que ya habitamos muchas mujeres, y disfrutamos de lo que en mi opinión es también un privilegio: el cariño, la comprensión, la empatía.



Porque yo que no me cambiaba por ellos. No renunciaría a la bonita relación que tengo con mis amigas, ni renunciaría a la libertad de poder expresar mis emociones sin ser objeto de burla incluso en mis círculos más cercanos. Tampoco querría verme obligada a jugar ese baile de máscaras en el que hay que aparentar ser fuerte e invulnerable en todo momento, ni querría renunciar a ir a terapia, a llorar, o a pedir perdón sin sentir que soy un fraude. Porque es precisamente todo eso lo que me hace estar en contacto con lo que significa ser humana. Por eso no quiero castigar a estos hombres, lo que quiero es invitarles a mi mundo, a nuestro mundo, donde no es necesario seguir comportándose de esa manera, donde pueden experimentar el valor de la verdadera conexión, y establecer, así, alianzas, y que ellos sean nuestros aliados y ser nosotras también aliadas de ellos.

Dejadme aclarar que esto no significa que tengamos que hacernos amigas de quienes nos han herido, ni que tengamos que perdonar si no estamos preparadas. La prioridad ha de ser la de protegernos a nosotras mismas primero *siempre*, pues ése es el principio básico de supervivencia. Pero a la vez pienso que a veces nos equivocamos en atribuir a otros una postura magnánima, en exigirles que nos protejan hasta de ellos mismos, y quizá ha llegado el momento de que *el feminismo los proteja también a ellos* de este sistema que nos oprime a todos. Para ello, es esencial comprender el punto desde el que parten y acompañarlos en el proceso, deconstruirlos y *reconstruirlos*, en definitiva: **humanizarlos**. Y para lograrlo, hacen falta:

- alfabetización emocional en los colegios
- contenido *educativo* en redes sociales
- programas de televisión, radio, podcasts, donde se hable de feminismo para un público masculino
- formaciones en sensibilidad y comunicación interpersonal en empresas
- un teléfono de orientación, como los mencionados antes, pero para hombres que quieren aprender a hacerlo mejor y no saben por dónde empezar
- una página web, con estética neutra, con información básica, como un glosario o un argumentario, y también con recursos para docentes y empresas

Y estas herramientas no serían solo para ellos, a nosotras también nos beneficia, no solo porque ayudaría a prevenir daños sino porque nos quitaría el peso de ser nosotras siempre las que tenemos que dar la clase.

Pero no pretendo edulcorar la realidad: hay quien no está dispuesto a aprender, por muy fácil que se lo pongas los hay que no están dispuestos a soltar el cetro, han asimilado ese mundo que habitan como la única verdad válida y todo lo demás se categoriza como debilidad o fallo en el *Matrix*. Y no es nuestra responsabilidad hacernos cargo de esos hombres, pero sí lo es aprender a distinguir a unos de los otros. Porque los hay que no quieren, pero también, me consta, los hay que sí quieren y no saben cómo, porque es difícil encontrar

espacios donde aprender sin ser penalizados por no empezar desde la línea de meta. Por eso es importante que aprendamos colectivamente a filtrar, como quien batea arena en busca de oro, y reconocer cuáles son las semillas que sí nos darán frutos. Aquí se encuentra, en mi opinión, el 50% de la solución. Y podría decir que esto es importante porque les necesitamos, igual que ellos nos necesitan a nosotras, pero incluso aunque no nos necesitésemos mutuamente, es vital aprender a convivir en armonía. No nos traguemos también nosotras este cuento cultural del individualismo, porque eso solo lleva al aislamiento. La independencia significa autonomía, no indiferencia.

Sé que habrá quien se indigne con mis palabras, me atribuirá permisividad cuando en realidad lo que pretendo es recordaros que somos capaces de cambiar el curso de la historia, como tantas veces se ha hecho antes. Parece requisito indispensable que al hablar de los problemas de los hombres haya que vigilar que esto no desplace el foco de los problemas de las mujeres, pero yo creo que esto es un error, porque aunque entiendo y defiendo que hay que darle voz e importancia a historias como la mía, si no conseguimos que los hombres se sientan partícipes de nuestro movimiento se formarán al margen de él, como ya está sucediendo, y perderemos así la oportunidad de prevenir daños en el futuro. Porque si algo tengo claro es que el feminismo es de todas y *de todos*. Y si algo nos pueden enseñar la publicidad y los algoritmos de las redes sociales es que la comunicación es esencial y hay que saber adaptar el mensaje a la persona que tienes delante para venderle tu producto.

Entiendo que es muy difícil tener esta actitud cuando te han hecho mucho daño. A mí me ha costado años y años de terapia, muchas noches de insomnio y momentos de pensar que seguir viviendo no valía la pena. No os juzgo si cuando me escucháis os indigna mi empatía, pero os pido que consideréis esta postura, pues pienso que es el camino que nos salvará de no acabar levantando otro muro que divida una ciudad o de no empezar otra guerra civil.

Y si buscamos un ejemplo concreto de cómo todo esto atraviesa nuestras vidas, no hay mejor lugar que el de los videojuegos, donde el problema, además, tiene una dimensión añadida, y es que parece que ni siquiera se considera necesario jugar a videojuegos, y, por lo tanto, tampoco importa si las mujeres lo hacemos

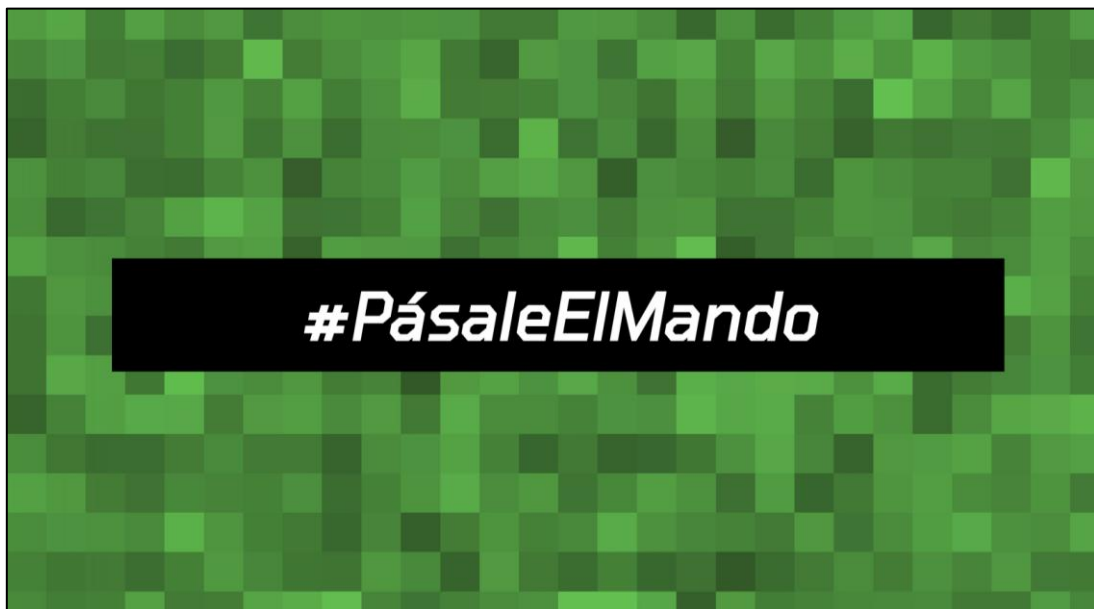


o no. De hecho, quizá esperabais también que, tras contaros todos estos dramas que he vivido en este sector, mi actitud hacia los videojuegos fuera la de demonizarlos, pero pienso que, como con cualquier herramienta cultural o social, lo importante es cómo se usa, como pasa con internet, los *smartphones* o el periodismo. Porque incluso un simple martillo puede ser usado para clavar un clavo o para abrirle la cabeza a alguien. Por eso es esencial educar y concienciar tanto de los riesgos como de los beneficios de jugar a videojuegos, hay que entender que no todos los videojuegos son iguales, e incluso aprender a discernir entre un videojuego de verdad y lo que son mecanismos similares a los de las tragaperras. Hay que aprender a hacer un uso consciente, igual que con las redes sociales o la inteligencia artificial y, especialmente, hay que legislar para proteger, sobre todo, a los más jóvenes, como ya están haciendo otros países. Entiendo que puede resultar complicado a veces saber dónde trazar la línea, pero creo que vale la pena el esfuerzo. Yo siempre he sido más de libros, pero algunos de los momentos más emocionantes de mi vida han sido jugando a videojuegos. Hay partidas en *Street Fighter* que son tan envolventes como tener un buen debate con tu oponente, tomando buenas decisiones he impedido que Kate se suicidara en *Life is Strange*, y me he sentido poderosa al atravesar un puente lleno de enemigos en *Dark Souls* sin morir en el intento. Esa satisfacción la aporta no solo el reto intelectual o el proceso de aprendizaje, es cierto que jugando puedes desarrollar distintas habilidades como la planificación, los reflejos o el trabajo en equipo, pero hay algo más, algo único de esta forma de arte y pensamiento, y eso es el sentido de **agencia**. Es precisamente este sentido de agencia uno de los aspectos más importantes que las mujeres feministas debemos encarnar, porque implica la conciencia de que podemos influir en los acontecimientos, nos permite pasar de objeto pasivo a sujeto activo, algo que en la vida real se nos niega muchas veces. Por eso no se trata solo de jugar, sino de experimentar lo que se siente al tener control y responsabilidad sobre tu historia, en definitiva: experimentar lo que supone estar al *mando*.

Por eso es vital democratizar los videojuegos. Es un sector hacia el que aún hay mucho prejuicio, y donde justamente nos reunimos muchas neurodivergencias, pero hubo un tiempo en el que leer a solas y en silencio era también algo de “frikis”, y si no que le pregunten a Aristóteles. Hoy en día sabemos que la socialización es clave en muchos sentidos, y sabemos también que el mercado

es capaz de generar necesidades que antes no existían, lo cual podemos también aprovechar a nuestro favor. Si hoy en día las mujeres también juegan cuando hablamos de deporte, podemos conseguir que también jueguen cuando hablamos de videojuegos, no solo para que así ellas se beneficien de la experiencia, sino porque, si las mujeres nos convertimos en cliente, las empresas buscarán cubrir esa necesidad, y así no solo las mujeres sino *“lo femenino”* entrará en el mercado, convirtiéndolo en más variado, rico e inclusivo.

La mayoría de mujeres que conozco que juegan empezaron con un hermano — como es mi caso—, con un novio, con un amigo. Cada gesto puede abrir caminos que antes no existían, tenemos la capacidad de alterar *el futuro* con nuestros actos y nuestras palabras *hoy*. Por ese motivo os propongo que animéis a una amiga a jugar. En definitiva, que *le paséis el mando*.



Los esports, al ser un terreno competitivo, son más proclives a dinámicas tóxicas, pero dentro del mundo de los videojuegos hay muchísimas opciones. Cada vez que oigo a alguien, que suele ser mujer, decir que no le gustan los videojuegos, siento un dolor parecido a cuando la influencer de turno dice que no le gusta la lectura. Habrá casos en los que nada funcione, pero en la gran mayoría es una cuestión de desconocimiento de lo que este mundo tiene para ofrecernos. Por eso os dejo aquí esta lista de juegos con dinámicas variadas, distintas representaciones de personajes y aptos para todos los niveles.

<b>NARRATIVOS</b>	<b>COMFY</b>	<b>AVENTURA</b>
<ul style="list-style-type: none"> <li>• Life is Strange</li> <li>• Beyond: Two Souls</li> <li>• Detroit: Become Human</li> <li>• Cualquier juego de Telltale Games</li> <li>• Night in the Woods</li> <li>• Road 96</li> <li>• Dispatch</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Animal Crossing</li> <li>• Stardew Valley</li> <li>• The Sims</li> <li>• Story of Seasons</li> <li>• Pokémon</li> <li>• Gris</li> <li>• Neva</li> <li>• Kirby</li> <li>• Mineko's Night Market</li> <li>• My Time at Sandrock</li> <li>• Spiritfarer</li> <li>• Unpacking</li> <li>• Caravan SandWitch</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Stray</li> <li>• Tomb Raider (2013)</li> <li>• Zelda: Echoes of Wisdom</li> <li>• Okami</li> <li>• Kingdom Hearts</li> <li>• Ori</li> <li>• Monkey Island</li> <li>• Marios</li> <li>• Princess Peach Showtime</li> <li>• Grounded</li> <li>• Sea of Stars</li> </ul>
<b>DRAMA</b>		
<ul style="list-style-type: none"> <li>• The Last of Us</li> <li>• Until Dawn</li> <li>• We Were Here Together</li> </ul>		

Algunos que ya he mencionado como los *Life is Strange* (en los que podemos encontrar dinámicas que giran alrededor de la empatía), *Los Sims* (el cual os recomiendo fuertemente porque además de ser gratis en la Epic Store puede ser la única realidad en la que podamos tener vivienda propia), o la nueva versión de *Tomb Raider* en los que, por fin, eres... básicamente una persona.

Como reflexión final, querría destacar que yo preferiría no estar aquí hablando de todo esto: yo quería ganar el campeonato mundial de juegos de lucha, el EVO —hito que, de hecho, aún no ha sido logrado por ninguna mujer, y no porque no existamos aquellas con el talento suficiente para hacerlo—. Yo ya estoy fuera del circuito competitivo, pero no por eso me he rendido, como decía mi escritora favorita, Virginia Woolf: pensar es mi lucha.

Las mujeres en ciencia, en deporte, están haciendo un gran trabajo. Sueño con el día en que esto sea así en los videojuegos, o, mejor aún, que ni siquiera sea necesaria la lucha en ningún campo. Mientras tanto, tenemos que ser como la tortura de la gota de agua, que, aun siendo pequeña, a base de caer en el mismo sitio acaba abriendo camino. Estoy convencida de que llegará el día en que una mujer gane el EVO. Hasta entonces, aquí continuaremos las demás, usando ese martillo multipropósito del que os hablaba antes para seguir reventando el techo de cristal, por mucho que las esquivas que caen nos hagan heridas en la cara.



THE LIGHTHOUSE PAGES